

profanos y grafiteros

Los nuevos bárbaros

Iván Trejo

Cerro de la Silla.
(Fotografía: Hans Maximo
Musielik/LatinContent/Getty
Images)

NUEVO LEÓN TUVO POR MUCHO TIEMPO una clara desventaja histórica en desarrollo cultural comparado con otras regiones, quizás entre el siglo XIX y principios del XX, los escritores que aportaron con su trabajo a la literatura nacional e incluso internacional fueron Fray Servando Teresa de Mier y Alfonso Reyes. Tras la desaparición de Reyes, el único regiomontano cuya obra nunca dejó de tener repercusión nacional fue nuestro gran baluarte Gabriel Zaid. No fue sino hasta finales de la década de los ochenta en que generaciones de narradores saltan al panorama nacional. Los grupos literarios de finales del siglo XX (esa figura romántica que se extinguió con las becas y la competencia directa entre creadores de la misma camada) fueron el origen de esta irrupción.



El grupo de La Mancuspia edita la revista *Papeles de la Mancuspia* desde hace más de veinte años, y al cual le debemos el origen del Encuentro Internacional de Escritores de Monterrey en 1996. Algunos integrantes pertenecieron a un grupo previo llamado por Mario Anteo “La falsa Damiana”. De La Mancuspia emanaron narradores como Dulce María González, Patricia Laurent, Héctor Alvarado, Graciela España entre otros. Hubo un grupo contemporáneo a éste, conocido como El Panteón, exponentes con mayor reconocimiento y exposición hasta ahora: Eduardo Antonio Parra, Hugo Valdés Manriquez, David Toscana, Felipe Montes, Ramón López Castro, Rubén Soto y Antonio Ramos, este último fue el que menos tiempo compartió con los demás por la notable diferencia de edades.

En cuanto a la poesía, existieron infinidad de grupos de corta duración de los cuales no derivó un impacto editorial directo como en la narrativa; más que grupos literarios, eran poetas que tenían relación directa con una revista o publicación. En el siglo xx la mayor parte de la actividad poética se daba en las revistas, suplementos y publicaciones de toda índole, por mencionar algunos de los espacios que existieron podemos recordar a la *Revista Contemporáneos*, *La revista estudiantil*, *Crisol*, *Armas y letras*, *Kátharsis*, *Apolodionis*, *Salamandra*, *Oficio*; en hojas literarias se recuerda a *Hojas de poesía*, *Cítara y púa*, *Cerbatana* y *La hormiga errante*; entre las publicaciones de limitada distribución *Los juglares*, *Babalú*, *Los doce tubos*, *Tirando el bofè*, *Matamoscas*, *Revista i*, *Deslinda*, *Litoral*, *Grafógrafos*, *La nuez*. En Monterrey contó también con tres suplementos culturales que, como sucede normalmente, dejaron de ser viables desde el punto de vista comercial y sencillamente fueron cancelados: *Ensayo* del periódico El Norte, *El Volantín* de El Diario de Monterrey y *Aquí vamos* de El Porvenir.

Durante la década de los noventa, comenzó el auge de los talleres literarios en la ciudad que se extendió hasta hace apenas unos pocos años —aunque con la actual administración cultural se ha ido más allá del declive—, se contaba con escritores reconocidos, nacionales y extranjeros, ya fuera porque eran invitados al Encuentro Internacional de Escritores o porque alguna institución como la UANL, la Capilla Alfonsina o Conarte los trajeran expresamente a cumplir dicha tarea. La generación de escritores nacidos en la década de los setenta y posteriores tuvieron la fortuna de reducir distancia en el trato con los autores de una o dos generaciones arriba gracias a la cercanía que provocaban los talleres y las novedades en la comunicación como el correo electrónico, es decir, ya no era necesario vivir en el DF para que alguien diera una opinión, y más llano que ello que supiera al menos de la existencia de los escritores jóvenes en todo el país.

*Las propuestas estéticas de cada uno
de los autores son diversas,
quedará a juicio del lector su valoración,
su reconocimiento o su olvido.*

Entre esta camada de nuevos bárbaros he seleccionado arbitrariamente a cuatro poetas y cuatro narradores de entre treinta y cuarenta años, debo aclarar que hay pocas concordancias estéticas entre ellos, no pueden ser considerados estrictamente como generación ya que sus búsquedas apuntan a distintos puertos. En el caso de los narradores, Antonio Ramos es el único que perteneció a un grupo literario, el resto tomó talleres, buscó becas, el único que siguió el camino de la academia ha sido Rafael Acosta; Luis Panini es un arquitecto radicado en California, Orfa Alarcón y Antonio Ramos han trabajado como editores varios años en distintos lugares.

Los poetas han sido seleccionados por razones diversas, cada uno emana potencia dentro de su propio registro, Rodrigo Guajardo es también guionista de largometraje, Óscar David López perteneció al colectivo Harakiri Plaquettes, Gabriela Cantú es poeta y gestora cultural y Renato Tinajero normalmente alejado del mundo literario y sus menesteres se ha desempeñado en varias universidades.

Las propuestas estéticas de cada uno de los autores aquí reunidos son diversas y no confluyen entre sí, quedará a juicio del lector, como siempre, su valoración, su reconocimiento o su olvido.

Es mi deseo reconocer en estas breves y dispersas líneas a diversos maestros que han ayudado a formar jóvenes con talleres dentro de sus trincheras, José Javier Villarreal, Minerva Margarita Villarreal y Miguel Covarrubias en la UANL, Felipe Montes, Genaro Saúl Reyes y María de Alba en el ITESM, a ellos debemos diversas camadas de escritores y sobre todo de buenos lectores, para ellos mi agradecimiento por esa lucha, muchas veces, invisible. 